



CAPÍTULO II

El monismo pesimista.

492. Esa especie de monismo que identifica al mundo, lleno de imperfecciones y límites, con la Divinidad, infinitamente perfecta, santa y feliz, ha surgido más de una vez en la historia de la Filosofía; pero siempre se ha estrellado en breve tiempo en las groseras contradicciones en que abunda todo el sistema. Por esta razón los partidarios del monismo idealista han pensado que podían renunciar al concepto de la Divinidad construyendo otro monismo que no lo contuviera. Echando á pique la idea del bien y de la felicidad, se quiso probar si podrían componerse mejor con la del mal. De este modo se ha puesto, en el lugar del monismo panteísta y optimista, otro ateísta y pesimista, el cual se ha propagado en los últimos decenios como un incendio en un almacén de combustibles. Esta es razón suficiente para que nosotros registremos este monismo con particular atención.

La doctrina pesimista monista trata de remontar sus orígenes hasta el budhismo. La doctrina budhista es nihilista. SAKJA MUNT, primer budha, no conocía otro Dios que la nada. La nada es la verdadera esencia de todas las cosas. Todo lo que tenemos por real carece de contenido. La existencia, la individuación, es la causa de todo mal, la fuente de todo dolor. Es misión del hombre redimirse de esta existencia aparente; su término es la vuelta á la no existencia primitiva y únicamente verdadera, la extinción de su ser y conciencia personales: el *nirvana*.

A primera vista se descubre la afinidad íntima que con este antiguo nihilismo tiene el subjetivismo de la filosofía alemana, que enseñan los discípulos de KANT. Lo mismo allí que aquí, todo el plan de nuestro conocimiento es disuelto en apariencia ilusoria, en el sueño de un soñador. Tal ilusión, como lo enseñó el budhismo, y más adelante la *Crítica de la razón pura*, es por su esencia algo

que sería mejor que no existiese del todo. KANT no es pesimista, pero ha dicho muchas cosas que podrían ser consideradas como semillas del pesimismo cultivado por los idealistas posteriores ¹.

Por maestros los más insignes del pesimismo monista debe tenerse á ARTURO SCHOPENHAUER y EDUARDO DE HARTMANN. Adeptos de SCHOPENHAUER son, aunque, como es de suponer, cada uno á su modo particular, I. FRAUENSTAEDT, O. LINDNER, D. ASHER, I. BAHNSEN, P. DEUSSEN, M. EHRLICH y otros; las huellas de HARTMANN siguen DU PREL, TAUBERT, M. VENETIANER. Debemos limitarnos á presentar á nuestros lectores los sistemas de los dos corifeos.

§ I

El monismo de Schopenhauer.

493. SCHOPENHAUER profesa el mismo extremo idealismo subjetivo que HEGEL. El mundo es, objetivamente considerado, pura apariencia, no es más que afección del sujeto. Lo subjetivo es el ser primitivo, el único ser. Lo subjetivo, empero, se me presenta como organismo. Por tanto, el mundo es una afección fisiológica de mi organismo, un producto de mi cerebro. Antes de formarse mi cerebro en mi cabeza, enseña SCHOPENHAUER, no había mundo alguno. ¿Qué es al cabo mi cerebro? Este único prodigio del mundo es cierta cosa confusa y sorda que se presenta, lo mismo que todo mi organismo, como *volición*. Así como mis pies quieren el andar y mis músculos maxilares el masticar, mi cerebro quiere el mundo. Así está patente la esencia íntima de la "cosa en sí". HEGEL la encontró en la idea; SCHOPENHAUER, al contrario, la halla en el ímpetu ciego é ilógico de la voluntad. Mi cerebro es una forma determinada de la objetivación de la voluntad universal. La voluntad es el único ser real, es aquello que los físicos llaman fuerza. El ser primordial es, por tanto, un ímpetu de la voluntad indeterminado y ciego, dice SCHOPENHAUER, el cual se ha desarrollado primero en mi organismo corporal, y particularmente en mi cerebro. Merced á este auxilio el mundo está ahí de un golpe como representación en todas sus formas, objeto y sujeto, tiempo y espacio, pluralidad y causalidad. La voluntad universal es anhelo eterno, impelido por un ansia inmensa, y, por consiguiente, eternamente desventurada, víctima desolada del dolor y de la desdicha ²; el terror y la desesperación la han impulsado á arrojarse en el fenómeno de este mundo. Un ser feliz, infinitamente perfecto, no ha-

¹ HARTMANN, *Historia y demostración del pesimismo*. Berlin. Duncker.

² *El mundo, voluntad y representación*, tomo I, págs. 364-367.

bría tenido motivo, dice, de poner un mundo, puesto que de nada necesitaba. Solamente un ser atormentado por pena indecible pudo sentir la necesidad de buscar en el mundo el consuelo que ansiaba. La contemplación del mundo, continúa, conduce á la misma conclusión. Porque cual es la causa, tal es el efecto. Ahora, un ¡ay! dolorido resuena sin cesar por el mundo entero. Todo lucha en constante pena y sufrimiento; todo anhelo nace de la insuficiencia, del descontento con la condición presente del individuo, y, por tanto, es sufrimiento mientras no está satisfecho; toda satisfacción, empero, es el punto de partida de nuevo empeño; vemos el empeño contrariado en todas partes, combatiendo siempre, y, por tanto, siempre padeciendo; en ninguna parte se descubre un término del anhelo, ni, por consiguiente, ningún fin, ninguna medida del sufrimiento¹. El mundo es el infierno, y los hombres son por un lado las almas que penan, y por otro los demonios que las atormentan². "Así como en el infierno todo huele á azufre, así todo cuanto nos rodea lleva indicios de que nuestra condición es algo que valdría más que no fuera³". Imposible es reproducir todos los cuadros que el orgullo ofendido y el tedio causado por el goce inmoderado de los placeres más torpes del mundo han inspirado al famoso filósofo en su melancólico retiro francfortense, para explicar cómo todo el mundo se compone de desgracia, estupidez, maldad y vileza; cómo el dolor y el aburrimiento son los dos únicos elementos de la vida humana, entre los que éste oscila sin hallar punto de reposo. Pero si todo lo que se manifiesta es pesadumbre y desesperación, ¿que otra cosa ha de ser el ser primordial, causa la más profunda de todo, sino un conjunto repugnante de miseria, perversión y desventura sin esperanza?

Este horrible espectro del mundo se revuelve contra sí mismo, y éste es el curso de la naturaleza. Multiplicándose al parecer y singularizándose, no ha mejorado su condición; sólo ha originado un nuevo conflicto consigo mismo engendrando la ilusión y el error. El principio de individuación es el velo de Maya que engaña á los individuos, los pone á unos en frente de otros, haciéndoles desconocer la identidad de todos los seres. Consecuencia funesta de este error es el combate de los individuos entre sí, y aquel egoísmo que hace á todo hombre creer que es otro que su vecino. La pluralidad de individuos, enseña nuestro filósofo, en la cual la voluntad se manifiesta á sí propia, no le afecta á ella misma como á "cosa en sí", sino solamente á sus manifestaciones; en cada una de éstas existe entera é indivisa, y contempla en torno suyo la imagen mil veces

¹ El mundo, voluntad y representación, tomo I, pág. 365.

² Loc. cit., tomo II, pág. 666.

³ Loc. cit., tomo I, pág. 325.

reproducida de su propia esencia. Pero no halla ésta misma, ó sea lo verdaderamente real, sino en su propio interior, y ésta es la causa por qué cada uno quiere lo todo para sí, desea poseerlo, ó por lo menos dominarlo todo, y quisiera aniquilar cuanto se le opone¹. En cada individuo la naturaleza habla: "Yo sólo lo soy todo en todo; que perezca lo demás... El egoísmo, ó mejor dicho el individualismo, es la terrible revelación de la discordia que despedaza las entrañas mismas de la voluntad del mundo, llegando á su colmo en el linaje humano, en el cual el egoísmo alcanza su grado más alto, poniendo en horroroso relieve la guerra que se hacen entre sí los individuos á quienes excita.

En viendo el ser, atormentado en el hombre, en conocimiento claro de la miseria de la existencia, se siente obligado á *negar* la voluntad referente á la existencia, y debe procurar poner fin á su vida. Mediante este empeño suicida del hombre, la voluntad universal se haría partícipe de la redención; porque, no bien dejara de ser el sujeto cognoscitivo, el mundo entero se hallaría aniquilado y libre de la pena.

La mónada de SCHOPENHAUER es, por lo visto, el principio del mal, de la desgracia y de la maldad, caricatura del diablo elevada á potencia infinita; el filósofo mismo dice que no debería llamársele Dios, antes habría que identificarlo con Satanás².

494. ¿Será necesario todavía sacar á luz los monstruos de insensatez que constituyen la fuerza de este sistema del mundo? Al menos vamos á indicar algunos con toda brevedad.

No es cierto que todo el universo no sea más que pena y culpa. El mundo no es ningún cielo, pero tampoco ningún infierno; su perfección es limitada, y de esta limitación nacen dolores y pecados. Mas también hay mucho bien en el mundo.

No es cierto que solamente un ser sumamente desdichado haya podido dar origen al mundo. ¿Por qué no ha de ser el mundo obra de la libre voluntad de un ser sumamente perfecto?

No es cierto que se pueda concebir una voluntad universal como potencia ciega y absolutamente irracional y falta de toda idea. No hay voluntad sin concepto. Hasta EDUARDO HARTMANN ha comprendido cuán falso es aquel aserto, y ha tratado de remediarlo dotando de representación inconsciente al monstruo de SCHOPENHAUER.

Tampoco es cierto que haya lugar para la desventura y desdicha en una voluntad ilógica, ciega y sin fin á que aspirar, puesto que no cabe el descontento y la desgracia sino allí donde una tenden-

¹ El mundo, voluntad y representación, tomo I, pág. 39 y siguientes.

² Tarekja y Tarekja, tomo I, pág. 106.

cia se dirige á algún fin y no lo alcanza, esto es, dentro de la existencia dotada de cierto grado de conocimiento de sí propia. ¿No debería, al contrario, la voluntad universal nadar en felicidad, ya que puede obrar en el mundo á su placer?

No es verdad tampoco que la pluralidad de los individuos engendre en cada uno de ellos una locura espantosa que le haga decir: "Todo para mí, nada para los demás., y trate de destruir todo lo demás como á su enemigo. No negaremos que entre los hombres haya semejantes viles naturalezas de bestias fieras. Pero no es ésta la naturaleza del hombre. Tenemos compasión del hombre que se ha hecho esclavo de sus más bajos instintos hasta tal punto que no puede formarse otra idea de la naturaleza humana.

Por último, es decididamente falso que toda la evolución humana impulsada por la desesperación aspire á la bienaventuranza de la nada. Bien puede ser que nuestros modernos libertinos sientan en sus corazones, hastiados de placeres y dilacerados por la inquietud, el prurito de negar su voluntad de existir, y aun ganas de morirse de hambre — especie de muerte que, por lo sublime, recomendaba SCHOPENHAUER; — hay, sin embargo, un sinnúmero de hombres que gozan dichosos de la existencia que han recibido de la mano de la Divinidad amorosa, y saben soportar con ánimo viril — sin las lamentaciones propias de plañideras que entona SCHOPENHAUER — las desgracias, porque reconocen en ellas sabias disposiciones de una Providencia amorosa.

Pero casi nos hemos olvidado de derribar la columna fundamental que soporta todo el edificio del monismo de SCHOPENHAUER. El axioma fundamental de todo su sistema, á saber, que toda volición y todo deseo nace de descontento y sufrimiento, es evidentemente falso. Obsérvese si no el primer caso que se ofrezca. Un muchacho lozano ve en el árbol unas manzanas que le convidan con suave deleite; su padre le permite trepar al árbol, y ya superada la fatiga, el niño hinca el diente en la sabrosa fruta. ¿Dónde está aquí el sufrimiento, el descontento con el propio estado? En comenzando el empeño, empezó también el placer, ligado á todo acto en que se fija la voluntad con éxito. El escolar sediento de saber aspira á instruirse más disponiendo para ello de recursos abundantes; ¿será para él el tiempo de estudio un tiempo de positivo sufrimiento? Ciertamente pueden ocurrir obstáculos desagradables; pero ¿quién podrá afirmar que el empeño mismo sea por su naturaleza un tormento? Al contrario, todo empeño se compone, mientras dura, de pequeños éxitos que, si no lo llevan á su término, lo aproximan á él, y, por lo tanto, constituyen un verdadero goce. Tan cierto es esto, que hasta LESSING creyó deber

preferir el trabajo de *buscar* la verdad á la posesión de la misma. Mucho menos cabe hablar de sufrimientos y dolores en aquellas aspiraciones en las que no se busca nada para sí, sino se trata de procurar algún bien á otros seres por bondad y amor. ¿Qué tormento hay en aquella aspiración con la cual una señora bien acomodada cose en sus ocios prendas para los pobres, pagando la tela con el dinero que le sobra? Pero basta, que este punto es tan claro que estaría de más todo ulterior esclarecimiento.

495. Para ilustrar aún más el monismo de SCHOPENHAUER, que ha encontrado tantos admiradores, trataremos de exponer qué lugar ha cabido al hombre en esta nueva filosofía.

"La voluntad cósmica, enseña SCHOPENHAUER, ó sea el ser universal de todo el mundo, se ha objetivado en mi cuerpo á través de eternas imágenes-modelos (ó diganse ideas). Mi cuerpo es la voluntad universal objetivada, esto es, convertida en representación: "la objetividad de la voluntad, ". Si sucede lo mismo ó no con los cuerpos de mis vecinos, yo no lo puedo saber. Debería mandarse á un manicomio á los que enseñan que son fantasmas todos los cuerpos humanos fuera del mío, pero no se puede argüirles nada por parte de la ciencia ". El solo temor al manicomio basta también, sin más razones científicas, á SCHOPENHAUER para conceder á los cuerpos de todos los prójimos participación en la misma importancia cósmica que en un principio no reclama más que para sí mismo. No encuentra en esto gran dificultad, porque su propio cuerpo comprende en sí todo ser real, desde el esquimal del Norte hasta el patagón del Sur, desde la criatura envuelta en pañales hasta la viejecita más arrugada.

Mediante el cerebro, el cuerpo produce la totalidad de todas las ideas, se produce á sí mismo como idea, y al propio tiempo el universo, que al cabo no es otra cosa que idea mía.

¿Y el alma? Mi cuerpo, prosigue nuestro filósofo, tiene la particularidad de que puede concebirse, no solamente por fuera, sino también por dentro. Contemplado por fuera, es fenómeno ó cuerpo; más aprehendido por dentro, es "en sí, ó alma. La misma cosa, pues, que en cuanto "voluntad, ó "cosa en sí, es mi alma, es, en cuanto fenómeno, mi cuerpo difundido en el espacio, existente en el tiempo y sujeto á la causalidad en todas sus manifestaciones. Como cuerpo, he nacido y soy mortal; como alma, albergo en mí á lo eterno é increado "en sí, de todas las cosas, á la esencia íntima de todo el universo, con todos sus pelos y señales. Por esto mi alma no tiene tampoco principio ni fin; siendo inmortal, sobrevi-

¹ El mundo, voluntad y representación, tomo I, pág. 392.

² Lec. vii., tomo I, pág. 121.

virá á la muerte de toda ciencia. La palabra "alma," no es más que un nombre, y habría que evitarlo, porque personifica en sí el conocimiento y la voluntad inseparablemente unidos, y, sin embargo, independientes del organismo animal¹. Hay que abandonar esta hipótesis á esos médicos y fisiólogos alemanes dice, que dejando á un lado el bisturí y la tenacilla, se dan á filosofar con las ideas que les restan de las que aprendieron en la doctrina cristiana².

¿Y qué enseña SCHOPENHAUER acerca del conocimiento, del "intelecto,?" Para contestar á esta importante pregunta tenemos que empezar desde muy atrás.

Todo el mundo, según nos ha dicho SCHOPENHAUER, es, en cuanto á su origen y esencia, una voluntad ciega y sin fin. Elevándose más y más esta terrible cosa, y saliendo más y más del escondrijo de la nada, ha desprendido de sus repugnantes miembros imperceptiblemente una especie de tizón, á saber, el intelecto, ascendiendo paso por paso, desde la más sorda conciencia animal, hasta la claridad del ingenio humano. Esta secreción se manifiesta como nervios y masa cerebral, y ahí tenéis el intelecto. Porque el entendimiento ó la razón no es más que cerebro. La ciega voluntad universal se ha encendido á sí misma una luz en la linterna del cerebro; la reflexión ocupa el lugar del instinto; motivos sustituyen á las causas y estímulos. Tomando á la voluntad universal como elemento primario, y á la razón como elemento secundario, se obtiene el yo. Estos dos elementos, empero, son idénticos, y en llegando aquí estamos delante del más tenebroso enigma. La identidad del sujeto volitivo con el cognoscitivo, mediante la cual la palabra yo incluye y significa á ambos, es el nudo universal, y por tanto inexplicable. Quien se fije bien en lo inexplicable de esta identidad la llamará como yo, el milagro por excelencia³. A pesar de esta identidad, nuestro filósofo nota que la razón no pertenece al alma, sino al cuerpo. Esta falta de identidad está tan pronunciada que, siendo inmortal el alma (esto es, la voluntad universal), el intelecto individual, cuya casa es el cuerpo, es, como éste, mortal y percedero. La luz de la razón es totalmente extrínseca en cuanto á la esencia del alma. El alma es y sigue siendo el *monstrum horrendum infandum ingens, cui lumen ademptum*, que lleva en la frente una linterna como si fuera un viejo carro de estiércol. Al morir, una ráfaga apaga el farol de la razón, ya que no sirvió ésta de nada á la voluntad, ciega y refractaria á todo guía. El estar colgado el farol ahí, en el vehículo, fué un "error... Por esto, pedir la inmorta-

¹ El mundo, voluntad y representación, tomo II, pág. 399.

² Loc. cit., pág. 228.

³ Rato cuádruple del principio de la causa suficiente, pág. 143.

lidad de la individualidad es lo mismo que pedir que se perpetúe un error hasta lo infinito¹.

¿Y cuál es la suerte de la libertad humana en el sistema de SCHOPENHAUER? Libertad significa tanto como exención de causa, originalidad. Luego no puede corresponder libertad más que á la voluntad primitiva y universal, centro de todos los fenómenos. En cuanto, pues, soy idéntico á aquella voluntad del universo, soy libre. Soy libre á manera de la teja que cae en tierra, del tigre hambriento que se lanza sobre su presa. No hay otra libertad. Cada una de mis acciones es el producto necesario de mi carácter y del motivo correspondiente. Esperar que un hombre obrara, siendo igual la ocasión, una vez de éste y otra de aquel modo, valdría tanto como esperar que el árbol que el verano presente nos da guindas, lleve peras el venidero. El hombre se halla predeterminado inalterablemente para todo; á la luz de aquel farolejo de mala muerte llamado intelecto puede á lo sumo observar lo que quiere, pero no puede quererlo conforme á su conocimiento. Lo que hace, lo hace con la necesidad de una máquina.

¿Qué destino, pues, tiene la "máquina bipeda del hombre,?" Primero, el hombre ha de ser una manifestación de la voluntad universal, aquel principio al cual la desesperación lleva á pasearse en este mundo lleno de miseria y horrores. El mundo es el infierno, donde no hay esperanza; por ningún lado se vislumbra nada que traiga consuelo. Y este mundo es peor que el de DANTE, porque acá uno tiene que ser diablo del otro. Bienaventurado aquel que esté atento á ganar en este infierno una celda á prueba de fuego. Para algunos privilegiados hay un lugar de alivio de sus dolores en el mundo, y es la contemplación de las ideas, á saber, cuando el espíritu considera tranquilo solamente el *quid* de las cosas. Este descubrimiento fué el origen del arte, y particularmente de la Música. Mas tal estado es sumamente raro y difícil de alcanzar, porque para llegar á gozar de éles menester que el accidente (ó sea el intelecto) ahorque en cierto modo á la substancia (ó sea á la voluntad). Solamente algunos ingenios saben procurarse este goce por algunos segundos, mientras que la inmensa mayoría de los hombres, obra que la naturaleza ha hecho á destajo, es absolutamente incapaz de proporcionárselo. Sigue, pues, siendo verdad que la única, la permanente felicidad de la humanidad, no se halla sino en la destrucción.

¿Qué ha de hacer, pues, el hombre? Así como la piedra colocada al lado de la lumbre se deja calentar, el hombre debe encenderse en intensa compasión de la espantosa miseria de la existencia, y

¹ El mundo, voluntad y representación, tomo II, pág. 360.

aspirar, impulsado por ella, al exterminio del universo. En el hombre es donde la voluntad universal vuelve en sí, cual penitente indio que se resuelve a negar la vida, esto es, a amortiguarla por la continencia. Pero ¿cómo ha de realizarse esta negación del mundo? En cuanto la negación ascética de la voluntad a vivir se generalizase en la humanidad por la más radical abstinencia, ésta no tardaría en extinguirse; y como quiera que todas las manifestaciones de la voluntad son coherentes en la naturaleza, es de esperar que, extinguida la más alta manifestación de la voluntad, su débil reflejo, la animalidad, dejaría de existir; totalmente aniquilado entonces el conocimiento, todo el universo desaparecería en la nada. Resulta, pues, un fenómeno condenado a la desdicha, destinado a aspirar a la nada a través de una vida de sueño, mediante la mortificación de sí propio. ¡He aquí el hombre: *ecce homo!* "Desespérate, grita SCHOPENHAUER a cada uno de los pobres desolados, que eres peor que un perro: eres un condenado diablo... De paso sea dicho, nada caracteriza más acertadamente a la filosofía de SCHOPENHAUER que la preferencia que concede al perro comparado con el hombre, insistiendo en ella con énfasis en muchos lugares. "¿Cómo habríamos de desquitarnos de la infinita hipocresía, falsedad y alevosía de los hombres, si no existieran los perros, cuya cara honrada se puede mirar sin desconfianza?".

196. Cuando se propone a un fisiólogo que analice y examine el valor de los fantásticos sueños de un delirante minado por el vicio, siéntese en un embarazo penoso. En semejante situación nos hallaríamos si de nosotros se esperase que emitiéramos nuestro juicio sobre todas las proposiciones de la antropología de SCHOPENHAUER. Podríamos, pues, pasar a la orden del día, puesto que todo lector discreto tendrá formado su juicio sobre *tal* doctrina. Sin embargo, en los últimos años menudearon las tentativas de poner a aquel desgraciado en el candelabro del tiempo. Aun hombres que pretenden guardar cierto criterio objetivo le llaman "el pensador y escritor filosófico más importante entre los epígonos". La antropología de SCHOPENHAUER nos da la clave de la esencia de todo su monismo. Trátemos, pues, de marcar en particular algunos extremos de la lúgubre doctrina.

En primer lugar, quisiéramos ver a alguien que tuviera seriamente el valor de firmar el deprimente testimonio de pobreza que SCHOPENHAUER da a la ciencia, diciendo que ésta no tiene cómo rebatir con pruebas convincentes aquel teórico egoísmo que no quiere creer más que en la importancia del propio cuerpo, a la vez que tiene por fantasmas a todos los demás individuos. Sin embargo, el

¹ *Farsa y Paralipómene*, tomo I, pág. 225.

² SCHWABER, *Historia de la Filosofía*, completada por KREBER. Stuttgart, 1882, pág. 302.

gran pensador condena esta arrogante pretensión, y concede a todo otro individuo igual importancia que a su propio éntimo cuerpo particular, que hace ya mucho está podrido en el hoyo; y lo hace porque, en otro caso, no tanto necesitaría de pruebas como de ponerse en cura.

Pues bien; todo individuo recibe de la generosidad de SCHOPENHAUER la garantía de que su cuerpo tiene importancia trascendental, no solamente para su zapatero y su sastrero, sino también para todo el universo y todas las ciencias. ¡En qué laberintos de absurdos vamos, pues, a penetrar!

La psicología de SCHOPENHAUER se juzga y condena por sí sola. Ha arrancado de la diadema de la dignidad humana el brillante de verdadera espiritualidad y verdadera inmortalidad, poniendo en los huecos las falaces perlas de vidrio de la indestructibilidad de su asqueroso monstruo del mundo. Ni tengo de creer con el indio que mi alma vaya a estar, después de mi muerte, en alguna acémila ó sabandija; porque "la teoría de la metempsicosis, dice el más importante pensador de la era moderna, se aparta de la verdad únicamente en cuanto relega al porvenir lo que ya es ahora. Porque mientras que ella no hace existir en otros seres mi íntima "esencia en sí", sino después de mi muerte, es la verdad que ya ahora existe también en ellos, y que la muerte destruye solamente la ilusión que me impide conocer que es así mientras vivo".

¿Y el intelecto? Oigamos el juicio de un admirador de nuestro filósofo: "Schopenhauer, dice EDUARDO DE HARTMANN, abandonó al materialismo el intelecto, y reservó la voluntad a la especulación. Esta violenta separación es su lado débil. Porque, una vez concedidas al materialismo la representación y reflexión conscientes, tiene el mismo derecho a reclamar también el sentimiento, el apetito y volición consciente, toda vez que los fenómenos fisiológicos dicen lo mismo acerca de todas las operaciones conscientes del espíritu".

Para el libre albedrío, el mejor probado de todos los hechos probados por la experiencia, no queda más lugar en el monismo de SCHOPENHAUER que en cualquier otro sistema monista. En la libertad de la voluntad humana está guardada, como en rica urna de cristal de roca, la dignidad del hombre. Quien niega la libertad, arroja al hombre de la elevada posición que le coloca por encima de todas las demás criaturas. Según SCHOPENHAUER, no tendríamos que hacer en el mundo cosa mejor ni más noble que dejarnos consumir por el dolor, por la compasión de una miseria que al cabo

¹ *El mundo, voluntad y representación*, tomo I, pág. 688.

² *Filosofía de lo inconsciente*, pág. 377.

no existe siquiera, á fin de que muramos nosotros y el mundo entero pereciendo de hambre.

Demasiado lejos nos llevaría el empeño de discutir todas y cada una de las deficiencias é insuficiencias de la doctrina de que venimos tratando; además sería inútil; pero permítasenos algunas leves indicaciones.

Por ejemplo, es falso que en la suposición de la filosofía de SCHOPENHAUER las "ideas", ó la Música y el arte en general, puedan producirnos algún goce. ¿Aquel mismo "en sí", de la existencia real, que es miseria, y nada más que miseria, hemos de creer que, contemplada puramente como idea ó reflejado por el arte, cause alegría y deleite? ¿No os parece esto original?

Es falso que el anonadamiento del mundo contenga la felicidad universal á que el hombre deba aspirar. Porque el verdadero principio de la desventura no está en el mundo de las representaciones, sino en que la *voluntad* es aquel poder terrible y sombrío. Aun cuando el mundo quedara destruído, la *voluntad* no podría destruirse; ella queda y sigue siendo la raíz fecunda del mal. ¿Quién responde de que de ella no brote, á poco de estar reducido el mundo á la venturosa nada, una relación mucho más funesta de sujeto á objeto, y de que no se renueve la anterior danza al son de música mucho más repugnante?

Es falso que el hombre sea capaz de anonadar todo el vasto universo, aniquilándose á sí mismo. El hombre singular, por más compasión que le inspire la indecible miseria de la existencia, no dispone siquiera de todo su propio ser. A lo sumo puede modificar la forma que el ser primordial le ha señalado, pues que su verdadero sostén lo tiene en la indestructible voluntad universal. ¿Cómo, pues, puede el infeliz hombre aislado osar oponerse á la corriente de la voluntad universal que invade el universo visible? Ahí tenemos elevada á la centésima potencia la aberración del predicador berlinés KNACK, el cual defendió con tenacidad envidiable la posición central de la Tierra en el sistema del mundo. ¡Cosa extraña! Un hombre solo niega su voluntad de vivir, se abstiene, se mortifica, padece hambre y sed, revienta, y al punto quedan arrojadas al abismo insondable de la nada, no solamente las cinco partes del mundo, sino también las huestes innumerables de las estrellas fijadas en todo el sistema del cielo!

497. Toda doctrina se parece á un grano de simiente; si se quiere probar su contenido, arrojéjese á la tierra para que se desenvuelva y dé de sí lo que contiene. Réstanos, por tanto, decir cuatro palabras sobre la moral que germina en el tronco del monismo de SCHOPENHAUER.

La voluntad universal, que viene á ser lo mismo que el mundo,

ha cometido el crimen de "afirmar", la voluntad de vivir, ó sea el de aparecer como mundo. Este hecho fatal debe ser expiado; la voluntad de vivir debe ser negada. Ahora es el caso que la voluntad universal aferrada en el mundo de los fenómenos no cesa de afirmarse, esto es, de luchar por la vida con loco empeño. La triste voluntad, atormentadora de sí misma, debería ser amansada, persuadida á dejar de afirmarse é inducida á anularse ansiosa de reposo. Esta desdichada voluntad universal debería ser tratada, si se nos permite tan vulgar símil, como un beodo furibundo que se amenaza á sí mismo y á sus amigos con la navaja; empléanse buenas razones para llevarle á la cama en donde duerma la mona, con la sola diferencia de que el repugnante monstruo del mundo, no solamente tiene que curarse con el sueño de las consecuencias de una borrachera, sino abandonar su propia desventurada existencia, y eso no poniendo una libre resolución de la voluntad, sino impulsado por la evolución de un instinto á que no le es dado resistir.

La negación de la voluntad de vivir, esto es, el deseo instintivo de suicidarse, constituye aquí la esencia de todo acto moralmente bueno.

Esta disposición moral es excitada en la voluntad universal porque la verdadera esencia del mundo, en la cual aquélla se refleja, es conocida, que es como sí—perdónese que recurramos otra vez á nuestro trivialísimo símil—se pusiera delante á un beodo un espejo en el que se mirara asombrado y se resignara á acostarse. Semejante conocimiento de sí mismo constituye también el narcótico de la voluntad universal.

Sin embargo, las máximas correspondientes á tal conocimiento no forman todavía directamente lo que se llama moralidad; no forman por de pronto más que un receptáculo ó depósito. Primero se abre la fuente original de toda moralidad, que es *el instinto de compasión*. De esta fuente intermitente brota cierta cantidad de sentimientos morales que llenan aquel depósito, del cual corre hacia los diferentes casos por canales separados.

SCHOPENHAUER no encuentra, por tanto, la fuente de la moralidad en la sujeción á Dios, ni tampoco, como KANT, en el respeto á la dignidad humana, sino en una especie de instintiva compasión referida á los males inseparables de toda vida, y basada en el conocimiento de que todos, hombres y animales, no somos más que un solo ser. Cuando el hombre haya llegado algún día á reconocerse á sí mismo en todos los seres, comprenderá cuán sabio es aquel indio que edifica hospitales especiales para animales enfermos é insectos molestos; sentirá como suya la miseria común del mundo, y se resolverá á no afirmar más la vida. ¿No tendrá que es-

tremecerse de hondísimo pavor cuando reconozca alrededor suyo el infernal ¡ay! Lleno de espanto aparta la vista del cruel espectáculo, y negando la voluntad de vivir, esto es, declarando á la vida digna de ser condenada, entra en la fase de completo desfallecimiento, en la cual no le resta ya más que el impulso de mortificarse hasta llegar á las puertas de la nada. De este modo, la moral de SCHOPENHAUER halla su más alta misión en anular, mediante la mortificación, la voluntad de vivir. ¡He aquí la santidad de que ha pintado tan bello cuadro, el ideal de toda aspiración religiosa y moral, el éxtasis!

Conforme á esta máxima fundamental, nuestro filósofo reforma todas las nociones más importantes de la vida ética. "Bueno, es aquel cuyo natural es tal que no estorba nunca las aspiraciones de la voluntad ajena, por no conocer ninguna diferencia entre sí y los demás. "Justo, es el hombre que por compasión se abstiene de emplear el sufrimiento ajeno para conseguir sus fines, así como aquellos príncipes de los indios que no comen sino los que ellos mismos han guisado, lo que han sembrado y recogido con sus propias manos. "Filántropo, es aquel que vuelve á encontrar su propio yo en todos los hombres y animales, y se siente por necesidad física compelido á mitigar el mal del mundo en sus prójimos; eficazmente haría esto si se levantase de un tiro la tapa de los sesos. ¡Un abrazo, millones; este tiro á todo el mundo!

No hay acciones que merezcan premio ó castigo. Porque todas las acciones nacen con inflexible necesidad del carácter íntimo, de los motivos, que deben su origen á su vez á la casualidad. Este carácter íntimo es voluntad; de ella nacen con igual necesidad así los vicios y crímenes todos como el trabajo honrado y el goce moderado de quien anda por los caminos de la justicia.

Luego si hay en nosotros algo pecaminoso y reprobable, lo es toda nuestra existencia natural. Por lo demás, póngase por último móvil de una acción el que se quiera, siempre resultará que fué inspirada por el egoísmo, y, por tanto, que carece de todo valor moral¹. Esos millares de personas que ante nuestros ojos se compenetran en mutua correspondencia, deben mirarse como otros tantos tigres y lobos amordazados². El más prudente es aquel que no ejerce misericordia, porque sabe que no se la conceden tampoco á él³.

Interesante es también la felicidad que nos promete SCHOPENHAUER al precio de adherirnos á su filosofía. Verdaderamente las-

¹ Imitación de un verso de Schiller: ¡un abrazo, millones; este abrazo á todo el mundo!—(*Advertencia de la Traducción*.)

² *Problemas fundamentales de la Ética*, pág. 207.

³ *Ibid.*, cit., pág. 194.

⁴ *Obras póstumas*, pág. 416.

timosa y desesperada se vuelve la situación del hombre cuando conoce distintamente el fin esencial á que se dirige toda su voluntad, y al mismo tiempo la imposibilidad de alcanzarlo, á la vez que se resiste á dejar de quererlo, hasta el grado de identificarse más bien con esta misma voluntad, que conoce claramente ser infructuosa. Cuando este fenómeno, que es él mismo, acaba de impacientarle, recurre al suicidio, poniendo fin á su desesperación y al extravío de todas sus ideas¹.

No tenemos que añadir más para caracterizar la construcción filosófica de SCHOPENHAUER. Acaso haya quien crea que esta especie de monismo lleva, merced á la *ascética* que enseña, sobre las demás especies de él la ventaja de que los que la ejercen saben contener la animalidad en el hombre dentro de los límites del orden. La vida de SCHOPENHAUER desengañaría horriblemente á quien así opinara. Mas siendo esto ajeno á nuestras reflexiones, nada personales, basta con que confiese todo el que guarda el criterio cristiano, que la Ética ha sufrido una caída satánica al dar en la filosofía de SCHOPENHAUER, pues el pobre hombre mismo había llegado á creer que estamos todos vendidos al demonio².

§ II

El monismo de Eduardo de Hartmann.

408. La Filosofía hegeliana de la naturaleza es, como dice KOEBER, una patente de pobreza intelectual dada al pensamiento que se dirige exclusivamente á sí mismo, que se consume á sí mismo. SCHOPENHAUER, entiende el mismo autor, es el representante principal de la reacción contra HEGL: de esa reacción, que consiste "en la retirada de la Filosofía, desde las regiones en donde se le iba á acabar el aliento, hacia el mundo real". Igual retirada ha de haber realizado EDUARDO DE HARTMANN, ó más bien él ha de haber purgado á esa reacción llevada á cabo por SCHOPENHAUER de todas las deficiencias y faltas que le eran ajenas. "Si todo lo imperfecto de la filosofía de Schopenhauer, escribe, nace de la imperfección de su fundamento, no puede tampoco su corrección consistir en otra cosa que en concebir su principio mismo más amplia y perfectamente. Es necesario que la voluntad celebre una unión interna con lo ideal... De un golpe entonces la filosofía de

¹ *Obras póstumas*, pág. 449.

² *Memorable*, pág. 750.

SCHOPENHAUER se verá libre de todas sus faltas, hecha viva y salva para todos los tiempos. Así es cómo se expresa KOEBER.¹

Y en efecto, la mónada de HARTMANN no es más que una transformación de la de SCHOPENHAUER; engendrótala el filósofo berlinés, añadiendo a la voluntad universal ilógica de aquél un poco del panlogismo hegeliano. En esta mezcla, el mundo no es ya tan malo como aquél lo pintó, ni tampoco "tan malo como puede ser si ha de seguir existiendo", sino que entre los mundos posibles es el mejor, aunque es peor que si no existiese del todo. Luego nuestro lema debe ser: Nada de quietismo; antes sed inextinguible de progreso, entrega incondicional al proceso de evolución del mundo. Además se aparta el pensador berlinés de HEGEL atribuyendo al mundo la significación de fenómeno *objetivo* en el sentido de SCHELLING, mientras que aquél lo había reducido a apariencia subjetiva. Por esta razón HARTMANN llama monismo concreto al suyo por oposición al abstracto. Siendo, pues, SCHOPENHAUER idealista subjetivo, HARTMANN profesa el *realismo transcendental*. Por último, no encontramos en HARTMANN esa antipatía hacia la idea de Dios que hallamos en SCHOPENHAUER. El filósofo inconsciente no pone reparo en que se apellide panteísmo a su sistema. "De ordinario, dice, me serviré del término "lo inconsciente," aunque yo tendría más derecho á usar la palabra "Dios, que Spinoza y otros muchos."

"Siquiera la forma negativa del término que he elegido no podrá convenir, á la larga, á un ser esencialmente positivo, conservará su valor profiláctico mientras que el error antropopático de la conciencia de lo absoluto goza todavía de bastante autoridad. Pero cuando se reconozca algún día generalmente que el atributo negativo de la inconsciencia de aquel ser se entiende por sí mismo y no merece ya ser mencionado particularmente, sin duda este término negativo habrá cedido su lugar á otro más conveniente merced al progreso histórico de la Filosofía." (Pág. 561.)

En cuanto al método, es de notar la diferencia de que SCHOPEN-

HUER trata de fundar todo su sistema por modo deductivo más que por otro alguno, mientras que HARTMANN busca más pruebas inductivas en los arsenales de las ciencias empíricas.

El lugar é importancia que HARTMANN mismo atribuye á su filosofía, puede expresarse en este breve resumen. Todos los errores comenzaron por el temor á las fuerzas naturales, el cual indujo á la fantasía infantil del pueblo á construir un cielo poblado de muchos dioses, á quienes se rendía culto. No obstante, el ánimo dispuesto á la religión no dejó de sentir la conexión sintética de la naturaleza entera, rebelándose contra el politeísmo, y esto de dos modos distintos: muy sólido y poco exclusivo entre los más antiguos indios mediante el brahmanismo panteísta (especie de monismo abstracto), aunque éste no consiguió desterrar el politeísmo de las costumbres de la vida popular; muy estúpida y superficialmente, por lo contrario, entre los antiguos judíos, que de los muchos dioses escogieron á uno que fuese el Dios particular de su tribu. Desde esta elevada posición, en la cual colocado EDUARDO DE HARTMANN ve bifurcarse la religión de los pueblos en dos corrientes, la ario-india y la semítico-judío-árabe, todo el Cristianismo hace un papel muy poco airoso, siendo un ensayo malogrado, nada más, de ingertar, mediante el dogma de la Trinidad, el resto de politeísmo que se conservaba en el sistema de Brahma en la evolución religiosa de los semitas.

En nuestro siglo, por fin, el espíritu ario reclamó la inmanencia divina por la grandiosa boca de la filosofía alemana. HEGEL reanuda los esfuerzos de la filosofía india, que produjo tan hermosos florecimientos en el Toa-te-king; SCHOPENHAUER se planta de lleno en la concepción filosófica de los vedantas, restituyendo aquel pesimismo que, según hemos visto, aventaja tanto al Cristianismo. Ahora importa fundir los fragmentos ya aceptados de las ideas religiosas del Asia central, con los pensamientos desarrollados por la civilización moderna y algunos elementos cristianos que merecen conservarse, é infiltrar esta amalgama en las capas más profundas de la conciencia popular. Al hombre central berlinés EDUARDO DE HARTMANN le ha tocado esta salvadora misión. Establece, pues, un monismo, pero no un monismo abstracto, que anegue la pluralidad como apariencia ficticia en la unidad abstracta, sino un monismo concreto, ó sea un monismo que salva la realidad é independencia de lo concreto existente enfrente de la unidad de la esencia, pero al cabo un monismo verdadero, porque lo concreto existente no es más que una pluralidad de fenómenos, potencias y operaciones del único ser primordial y activo.

Después de estas observaciones preliminares, procede un examen más minucioso de la mónada de HARTMANN.

¹ *Historia de la Filosofía*, por SCHWYZER. Edición undécima, pág. 318.
² Creemos aquí oportuno observar que tiene un inconveniente grande el uso del artículo masculino delante de los adjetivos substantivados en español cuando en el texto alemán lleva el artículo neutro; porque diciendo "el inconsciente, el absoluto, es ingérgico los inconscientes, lo absoluto, despierto la idea de personalidad, completamente ajena á las ideas de lo inconscientes, lo absoluto, etc. Más falso todavía es estampar con mayúsculas el Inconsciente, el Absoluto, lo cual sugiere al punto la idea de un ser personal. El abuso que censuramos proviene de la ligereza con que los que traducen del francés, que no conoce el artículo neutro (lo en español y das en alemán), se limitan á traducir á la letra *l'Inconscient* por *el inconsciente*, etc., ignorando que los autores franceses que á su vez traducen del alemán no tienen más remedio que sustituir en tales casos el artículo neutro alemán por el masculino, lo cual no es necesario y aun es vituperable en español, que dispone del artículo lo para significar lo abstracto. — (Advertencia de la Traducción.)

499. Antes de existir el mundo, enseña HARTMANN, el ser primordial, la mónada, no era *nada* actualmente, sino la esencia quiescente acabada en sí, sin acción ni existencia¹. La nada, empero, era un espíritu absoluto con dos atributos, voluntad y representación (idea), aunque le faltaba toda conciencia de sí mismo (pág. 815). Al principio, la esencia sin existencia se eleva al *querer* en virtud de su calidad de voluntad. Este *querer* no es todavía la aspiración actual á un objeto, sino un anhelo vacío de algo que lo llene, un término medio entre la pura potencialidad y la actualidad saturada, una iniciativa, un impulso, un ansia, una arremetida, sin que llegue á embestir (páginas 792-795). El querer puro no es todavía; pero no dormita ya tampoco, sino que está en vías de ser, empezando la lucha por el ser tratando de aprehenderse á sí mismo, de adquirir conciencia de sí mismo. Este estado es una desazón atormentadora sin idea ni inteligencia; el ser primordial quisiera librarse de ella; en esta indecisión entre el ser y el no ser, de improviso se presenta la idea ó representación (pág. 371) como elemento femenino de venturosa inocencia. Y al punto el querer, exaltado, se abalanza cual toro furioso á la idea representativa de nuestro mundo, que le está como puesta delante de las narices y se le entrega sin resistencia. Por este abrazo de los dos principios trascendentes, la potencialidad decidida á realizarse, y la actualidad pura, es engendrado el ser. He aquí el origen del mundo: al padre le debe el ser simplemente; á la madre el ser *esto* y ser *de este modo*. Pero ya está abierta también la fuente de indecibles males. Porque, según enseña la marcha posterior de los sucesos, todo aquel empeño ha sido inútil, porque el fin es la desesperación (pág. 546). La idea no tiene la culpa de que sea así; la terrible voluntad es la que la engolfó en el ser y la entregó á los tormentos del proceso; la pobre idea cedió á su ímpetu, sacrificando su virginal pureza para redimirla de sus sufrimientos². Ahora resulta que ambas son más desdichadas que antes, pero ya no pueden volverse atrás. Representando además esta idea una cosa finita, no llena más que una fracción del querer, infinitamente vacío; fuera y al lado de la voluntad universal llena resta un sobrante infinito de querer hambriento, el cual será víctima de la desventura sin remedio (794).

500. Ahora importa ante todo que el querer desventurado, sediento de felicidad, sea otra vez *arrojado á la nada* de que salió; ésta es la misión de la inteligencia ó idea que impera en el

¹ *Filosofía de lo inconsciente* (en alemán), pág. 728.

² Para comprender el símil, debe tenerse en cuenta que voluntad es nombre masculino en alemán (*der wille*).—(Advertencia de la Traducción.)

proceso del mundo. Como quiera que el mal no puede ser extinguido directamente, la aproxima al menos *del mejor modo posible* al querer desventurado á su liberación, esto es, á su *aniquilamiento*.

Al efecto procura primero originar la oposición más grande posible entre diversos elementos que encierra la voluntad universal inconsciente, y pronto empieza también la fantasmagoría de un antagonismo tragi-cómico. La idea da comienzo á la danza de las brujas, presentándose á la voluntad como indeciso fluir y refluir en el espacio. Al punto aparece la voluntad como voluntad atómica en un número inmenso de puntos dinámicos. El contenido y el fin de sus aspiraciones, ora atractivas, ora repulsivas, lo llevan en sí las voluntades atómicas en forma de ideas. Dos ó más voluntades atómicas se cruzan después en sus manifestaciones volitivas, y principian á reñir, siendo el primer resultado de su contienda la *materia* (págs. 479 y siguientes). Congelándose la voluntad de esta manera en materia, realiza al propio tiempo la imagen de porciones ideales del espacio que preexistía en la representación atómica; así realiza á la vez el *espacio real*.

Ahora se trata de preparar un capital golpe de Estado. Porque si el intelecto no ha de ser impotente para volver á arrojar la voluntad á la nada, tiene que emanciparse de la voluntad (pág. 393); por esto es menester que vea de despertar la *conciencia* dando una sorpresa á la voluntad. ¿Y cómo consigue esto?

Primero se desparrama, al parecer, en una multitud de llamados *individuos*, empleando el siguiente procedimiento: Amasa determinadas cantidades de átomos en forma de organismos, aunque no á fuerza de puños, sino con funciones volitivas, siendo lo que se llama espíritu individual ó alma la suma de las funciones volitivas enderezadas á la producción de un organismo. Los individuos (Pedro, Jaime) no son más que apariencia, fenómenos, pensamientos, operaciones del Todo-uno. La aparente pluralidad de los individuos no es otra cosa que la acción de la mónada, que se singulariza por diversas relaciones de espacio. Es el ser primordial uno, el cual se derrama en el mundo como voluntad é inteligencia, inmanente de verdad en todos los individuos y relacionado con ellos como la esencia con sus manifestaciones (pág. 542).

En *segundo* lugar, lo inconsciente se esfuerza á producir *vida* donde quiera que pueda, mostrando un verdadero furor por hacer vida donde quiera que ella se deje hacer. Esta frase sola resuelve, sea dicho de paso, los más profundos problemas de la naturaleza; cuando se quiera explicar la generación, la generación primitiva, no hay más que pensar en el furor por hacer salir la vida. ¿Qué difícil le sería en un principio, cuando millones de gérmenes primi-

tivos se le malograban en estos ensayos! Pero, una vez dado el primer paso, todo procedía fácilmente; de suerte que la voluntad inconsciente ha logrado ascender por una escala progresiva hasta la producción de los más elevados organismos (pág. 585). En esta lucha por el *ascenso* ha penetrado á menudo en callejones sin salida, que son las llamadas especies ó formas estables de los organismos, plantas, animales, hombres (pág. 568 y siguientes).

Cuando la mónada primitiva, como voluntad irradiante, se estanca ó quiebra en diferentes lugares, adoptando las distintas formas de existencia, no resulta todavía la conciencia verdad; pero si hay ya lugar donde se establezcan conciencias separadas, por decirlo así, en las puntas quebradas ó cabos periféricos atascados (pág. 397). Luego viene en *tercer* lugar el golpe capital: la voluntad irradiante da en la masa cerebral como en un espejo cóncavo, vuelve á estancarse allí; asustada de ello, la voluntad queda estupefacta, y jese estupor es la concienical (pág. 524). Representémonos bien este interesantísimo proceso. Donde quiera que el ser primordial uno causa en las diferentes formas fenoménicas los llamados seres naturales, notamos que *naturalmente* arroja ideas como la fuente agua, las cuales, llamadas á existir por la voluntad, constituyen el contenido de la volición; entonces la astuta inteligencia, sin decir nada á la voluntad, ¡forma súbitamente *cerebros!* Los cerebros, empero, tienen la particularidad de afectar por sus vibraciones al espíritu individual y arrancarle directamente ideas. De repente la voluntad advierte estas ideas, que no han salido de ella como requería la ordenanza; se pasma, se espanta de la existencia ilícita de ideas que existen sin haber sido ordenadas por ella, y este pasmo ¡es la concienical! (pág. 394).

501. Con esto está efectuada la gran revolución, está dado el primer paso para la redención del mundo; la idea intrusa, audaz, suplantada por el cerebro, se presenta desligada de la voluntad para oponerse á ella en futuro como poder autónomo y sujetarla á ella, que hasta entonces la tenía en condición de esclava. Conforme á lo dicho, tenemos dos factores de la conciencia, dos formas de manifestarse lo inconsciente: como *materia*, como cerebro obra sobre sí mismo como *espíritu*, lo cual causa gran alboroto en éste; monta en cólera, y este estupor de la voluntad la ver la idea que se atreve á existir sin que ella lo quiera, viene precisamente á ser la conciencia de que el mundo necesita para llegar á su futuro aniquilamiento. Aunque la conciencia no está de ningún modo circunscrita al hombre (porque ya en la célula con el protoplasma se hallan indicios de conciencia), se desarrolla muy singularmente en cierta *clase privilegiada* de hombres; pues mientras que las

conciencias de los hombres vulgares y de los animales más bajos son iguales en cuanto conciencias (pág. 418), se eleva á la categoría de plena conciencia de sí propia en algunas *eminentes cabezas filosóficas*.

Mas ¡ay de aquel que tiene la desgracia de gozar de ese privilegio! Cuanta más conciencia, tanta más desdicha; luego los ingenios son los más desventurados. HARTMANN indica así la escala de felicidad; ¡Cuánto más dolorosa es ya la vida del delicado caballo en comparación de la del embotado cerdo, ó hasta de la del pez que habita el palacio cristalino de las aguas! Lo que va de la felicidad del caballo á la del pez, irá poco más ó menos de la del pez á la de la ostra, y otro tanto de la de la ostra á la del vegetal, hasta que, por fin, al descender hasta más abajo del límite inferior de la conciencia, vemos desaparecer por completo el dolor individual (pág. 712).

Lo más divertido es, á no dudarlo, la bufonada que representa lo inconsciente en los fenómenos humanos en los llamados *hombres*, desempeñando de modo sorprendente los papeles de la conciencia y de la inconsciencia. Como *inconsciente*, se mira como algo inconcebible y extraño; como *consciente*, se tiene á sí mismo por lacayo siempre dispuesto á obedecer á su más ligera indicación; como *inconsciente*, se escuda á sí mismo como hada demoníaca y temible; como *consciente*, puede enorgullecerse de sus hazañas; como *inconsciente*, se fija en el hombre acabado y completo; como *consciente*, muestra una perfectibilidad infinita en el individuo (pág. 357).

Aunque, pues, la voluntad universal, en traje de inconsciente, *trabaja* siempre con más perfección que haciéndose notar en la conciencia, la conciencia es mucho más importante para el fin del futuro suicidio universal; conviene por esto tratar de amplificar todo lo posible la razón consciente, que en ello consiste todo progreso de la evolución del mundo y la esperanza de la salvación futura (pág. 358).

502. Con todo, no debe olvidarse nunca que la conciencia, lo mismo que la materia, no son más que una forma fenomenal de lo inconsciente uno, del individuo único que lo abarca todo. Yo — exclama el celebrado filósofo — soy un fenómeno como el arco iris en la nube; lo que es esencial en mí, no soy yo; en el mismo lugar puede algún día ser visto otro arco iris; solamente el Sol, que juega también en esta nube, brilla siempre; solamente lo inconsciente, que también en mi cerebro se quiebra, reina y gobierna eternamente. Todo esto no es más que sombras chinescas, fenómenos de la voluntad universal, de los cuales el uno se llama Fedro, el otro Jaime, el uno atraviesa el desierto como camello, el otro brilla

como Sirio en el cielo. El combate de dos lobos hambrientos no es más que el combate de dos diferentes actos de voluntad. Pero ¡ay! ¿A qué conducen estas innumerables y dolorosas colisiones en el mundo? Respuesta: los lobos se despedazan al servicio de la conciencia; sin colisión no hay conciencia, y la conciencia... es la madre del cordero. Para conseguir el mismo efecto, el monstruo del mundo se engolfa en una serie de desengaños, en un delirio de ilusiones, emprendiendo cual Ulises, y variando de traje á cada momento, viajes por mundos desconocidos, no para arribar, después de tantos errores, á las dulces orillas de la isla patria, sino para templar por los más dolorosos desengaños su conciencia, arma suicida con la cual volverá á anegarse en la nada (pág. 516 y siguientes).

503. Ahora tenemos que narrar las peripecias de la trágica expedición de la hartmanniana voluntad universal. Para llegar á penetrarse de la salvadora convicción de que por efecto de su pereza debe preferir el no ser al ser, comienza en la humanidad, y como humanidad, una carrera que nuestro autor concibe como *odisea en tres fases* (pág. 663 y siguientes). En la primera fase de la ilusión hace lo que los niños: buscar su satisfacción en un presente alegre, en la felicidad terrenal. VOLTAIRE hubiera podido prevenirle: *Il n'est de vrais plaisirs qu'avec de vrais besoins*; ó bien nuestro SCHOPENHAUER hubiera podido decirle al oído el verso de PETRARCA: *Mille piacer non vagliano un tormento*. Pónese á trabajar por la salud, por la libertad, por la subsistencia desahogada; pero pocas veces consigue tanto, y lo poco que saca le cuesta mucha fatiga y fácilmente se le vuelve á escapar; y cuando lo pesca, ¿de qué le sirve? pues se halla en el punto nulo del sentimiento. Después el pobre inconsciente se dispone á acallar el hambre y apagar la sed de amor. Cierto que alguna vez puede satisfacer esta hambre; pero la pena prevalece sobre el placer, así como, al comerse un animal á otro, el dolor del que es comido es más grande que el placer del que se lo come. ¡Y luego es cosa de ver al todo-uno en el papel de Don Tenorio! Entonces sí que le escamotean con engaños y desengaños, disgustos, pesares, deshonor, y la locura por remate de tanta dicha. "Malo es no amar; pero malo también es amar", dijo ANACREONTE. El pobre HARTMANN advierte que fue un loco cuando creyó que en eso consistía la dicha. Luego se vuelve sentimental buscándola en la compasión, en la amistad en el seno de la familia; pero hartó pronto tiene que dar la razón á LA BRUYÈRE, quien dice: *Tout notre mal vient de ne pouvoir être seuls*. En la mayor parte de los matrimonios no encuentra más que discordia y disgustos, y amargamente desengañado se dice á sí mismo: "Quedarse soltero vale más que ca-

sarse., Desca tener hijos, y huyendo de la lluvia recibe el agua de la canal. En los primeros años predominan las incomodidades y cuidados que exige la criatura, ó los disgustos que dan á los padres criados indolentes; luego viene el trabajo de casar á las hijas y la aflicción de las calaveradas de los hijos; más adelante los unos y las otras abandonan la casa paterna, caso de que no hayan muerto antes, y dan noticias de sí... siempre que necesitan dinero. Lleno de desconuelo con tanta "dilaceración de sí propio", el paciente calenturiento trata de desquitarse con los placeres de la vanidad, la ambición y la gloria, entregándose á aquellos placeres, que como el agua del mar, causan tanta más sed cuanto más se beben. ¡Qué cara pone entonces! Oficiales y empleados que se quejan de haber sido pospuestos á otros, sabios y artistas ofendidos, exageradas pretensiones en consecuencia de estimarse todos más de lo que valen, mutuo desprecio, celos de cantatrices precisadas á ceder su lugar á otras más jóvenes, agravios mil, etc., etc. ¡Qué mar de amargura! Tienes razón, pobre inconsciente engañado, en acogerte á la edificación religiosa. Mas ¡ay! EDUARDO DE HARTMANN, conocedor también de la ascética cristiana, nos enseña una perspectiva tristísima. No es posible alcanzar los grados más altos de la elevación religiosa sin una mortificación continuada de la carne, cosa que duele; y lo que es peor, todos los hombres religiosos aspiran á sentir y experimentar la identidad del inconsciente todo-uno con el sujeto de la conciencia; pero eso no puede sentirse. Por tanto, aun bajo la cogulla del monje el inconsciente ¹ se enriquece solamente con un escarmiento más. Entonces se vuelve de pronto muy malo; pasemos esto por alto, que en punto á la maldad, vileza é infamia de los hombres (recuérdese bien, de fenómenos del todo uno), se extiende ya SCHOPENHAUER en descripciones que, por desgracia, apenas se pueden llamar exageradas. Esto aumenta la desdicha y... la conciencia.

Por fin la criatura hartmanniana llama, cual presidiario á quien aprehendieron siempre que volvió á probar fortuna, á la puerta del arte y de la ciencia, esperando que un rayo de luz venga á visitarle allí en la noche obscura de sus trabajos y sufrimientos. Y, en efecto, hallaría cierta indemnización al dolor de la vida, después de buscarla tantas veces en vano, si no fuese tan horriblemente vanidoso. Porque esa vanidad de lo inconsciente en los sabios y artistas es al cabo casi el único estímulo que les impulsa. Si hubiese un medio, dice HARTMANN, para quitar á todos los artistas y sabios toda ambición y vanidad, de seguro la producción quedaría para-

¹ En este lugar, HARTMANN mismo dice *Der unbewusste* (el inconsciente), por la razón de que aquí se trata de lo inconsciente en cuanto individuo humano, lo cual prueba que la exactitud exige distinguir lo y el inconsciente.—(Advertencia de la Traducción.)

da si no tuviese que proseguir su marcha mecánica por amor del pan (pág. 700). El todo-uno no busca las artes á causa de ellas mismos, sino porque le sirven de vistoso adorno para ataviar su querida personalidad. ¿Y todavía hay quien crea que eso pueda deleitar el ánimo, según el arte pretende? ¡Y en la Música se ha de emplear el desdichado, enciclopédico, inanimado piano, como instrumento universal de cultura! En las ciencias no se adelantaría tampoco nada sin el auxilio de la ambición y la vanidad. Hay que tener en cuenta también las molestias á que tiene que someterse el inconsciente aficionado al cultivo de las artes y las ciencias: visitas á los museos y galerías, el peligro de asfixiarse en los teatros y salones estrechos y mal ventilados, los resfriados y pulmonías que se contraen al salir de estos templos del arte, el cansancio físico y moral, etc., etc. En fin, todos los goces del arte y la ciencia sumados, no es mucho lo que pasan de cero. El *sueño inconsciente* es, á la verdad, el estado relativamente más feliz para la voluntad universal. Las fantasías que lo interrumpen echan á perder aún buena parte de él, resucitando de su letargo las dormidas fatigas de la vida despierta; pero el todo-uno tiene por lo menos el placer de dormirse alguna vez pronto y de poder prolongar el sueño con conciencia imperfecta cuando, al despertarse sin haber descansado, no tiene que levantarse en seguida (pág. 795). Después de saber que el ser primordial de HARTMANN no es indiferente á los placeres del dormirse y despertar, no se puede extrañar que le haga entregarse también á especulaciones de la Bolsa. Pero aunque el dinero proporcione honores, poder é imperio sobre los demás, y con él se compren los goces del paladar y de la carne, es al fin perjudicial á la felicidad (pág. 707). Tampoco significan mucho las comodidades de la vida. Otra vez el inconsciente ha andado desca-minado.

«Un damit, vvas er auch trage,
Er verzweifelle nicht am Heil
Führt ihn Schick bis zum grabe
An der Hoffnung Narrenseib. 13

Todo esto le lleva por fin al extremo del más insoportable tedio de la existencia; como un joven escéntrico que no espera nada de lo presente, sino todo lo aguarda del porvenir, pasa luego á la

504. *Segunda fase de la ilusión*, renunciando á la dicha terrenal encerrada en los límites de la vida individual y soñando un cielo en el mundo de más allá de la tumba. Así como la primera fase apareció en el antiguo paganismo, la obra maestra de este nuevo

¹ Versos de GÖTTE.— En español: «Y pase que no desespere de su salud; por grandes que sean sus sufrimientos, el hado le lleva hasta el sepulcro con la soga de locos de la esperanza.»

delirio de ilusión es el Cristianismo. Lástima solamente que el todo-uno esté tocado de la cabeza, porque, si no, también hubiera sabido que el alma del hombre no es más que un «haz luminoso de actos de voluntad de lo inconsciente, enderezados á la producción de un organismo determinado»; que, por consiguiente, la muerte pondrá fin tanto al alma como al organismo, y desde luego no cabe hablar de la permanencia del alma después de la destrucción de su morada orgánica (pág. 722). Sea de esto lo que fuere, este desatino «cristiano-ultramontano», del todo-uno tuvo por lo menos la ventaja de prepararlo, no para que al fin vuelva á la razón, sino para la

Tercera fase de la ilusión, la cual ha empezado en nuestro siglo XIX. El Cristianismo se acabó, naturalmente, para siempre. «Visiblemente, dice HARTMANN, las aspiraciones profanas se vuelven cada día más pujantes, dilatadas é interesantes; visiblemente el Anticristo extiende más y más su imperio, y pronto el Cristianismo no será ya más que una sombra de su grandeza medioeval... En el lugar que el Cristianismo ocupó veremos al progreso. Para comprender bien este vertiginoso progreso es preciso recordar que toda la agitación del mundo no es más que un solo y grandioso proceso de evolución del ser primordial uno. Astronomía, Fotometría, Análisis espectral, Química, Biología, Arqueología, en fin, todos los esfuerzos de la Ciencia se coligan ahora para acelerar el desenvolvimiento cósmico del todo, porque por ahí le da ahora al inconsciente. Puesto que en la vida terrenal de los individuos fenomenales no ha encontrado más que miseria, y dado el absurdo de un cielo futuro, prueba ahora la suerte consagrándose al progreso, al desarrollo universal de la civilización en los hombres y naciones, y ya le vemos levantar un cuartel tras otro, construir vías férreas, fomentar la «ilustración nacional», comprar cañones Krupp y aumentar sin cesar las contribuciones. ¡Qué fortuna que el todo-uno no tenga inteligencia! Porque, de tenerla, comprendería desde luego que ningún progreso es capaz de impedir la desdicha. «Por más que la humanidad adelante en el camino del progreso material, dice HARTMANN, no se librará jamás de los mayores males ni los aminorará siquiera... Las naciones más contentas son esas incultas que se han apartado menos de la naturaleza ruda...; al mismo paso que un pueblo se ilustra se vuelve descontento, según enseña la experiencia...; cuanto más adelanta el mundo, tanto más amenazador se presenta el espectro de la pobreza universal... El latrocinio, el fraude, la falsificación, aumentan... El más vil egoísmo rompe sin pudor los más sagrados vínculos de la familia y amistad... A fe que preferiría exponerme entre los antiguos alemanes al peligro de que me den muerte el peor día, á tener que mirar como pillo y ladrón á todo individuo

del Estado civilizado moderno mientras no llegara á persuadirme de su honradez con pruebas fehacientes. Por analogía podemos concluir que, por más que la inmoralidad refine su forma en lo por venir, seguirá siendo igualmente inmoral é igualmente repugnante para los que son víctimas de la injusticia... Echemos una mirada á los decantados adelantos; ¿en qué consisten? ¿qué bien nos han traído? Demos de barato que sea realidad el Estado más perfecto, y que la población de la tierra haya resuelto del modo más admirable el problema social; ¿qué utilidad nos proporcionaría entonces esa construcción política? Una concha sin caracol, una forma hueral... Con el aumento de los recursos no se aumenta nada, sino los deseos y necesidades, y de consiguiente, el descontento... Pero el todo-uno no tiene más remedio que avanzar hacia la edad de *hierro*, no de *oro*. Mas, ¡alto ahí! Un peligro amenaza á la evolución de esta divina fase de ilusión: ¿qué sucedería si la voluntad universal se enterase algún día de la *Filosofía de lo inconsciente*, impresa en el establecimiento tipográfico de Carlos Duncker, en Berlín, y se hiciese cargo de las reflexiones anticipadas de HARTMANN, de las que no podemos ofrecer aquí más que un extracto: ¿No desistiría, avisado por EDUARDO DE HARTMANN, de continuar el progreso de la civilización, para dejar parado el desenvolvimiento del universo? Este temor ha inquietado también el pecho de HARTMANN. «Pero la Providencia, dice para consolarse á sí mismo y á nosotros, cuidará de que las anticipaciones del solitario pensador no perturben la marcha de la historia, ganando prematuramente demasiado número de prosélitos.»

Podemos, pues, confiar que el carro del progreso siga arrastrando á la humanidad hacia el precipicio. Entonces, al fin de esta tercera fase de ilusión, el sapientísimo inconsciente lanzará el último y más horrible *erravi*; el pobre diablo comprenderá qué loco fué todo su empeño, y harto de vivir como un holgazán sin seso ni carácter, suspirará por la indolencia absoluta, la nada, el *nirvana*, toda vez que un mundo tan miserable no puede menos de maldecir su existencia tan pronto como se haga cargo de su situación. La voluntad se devorará á sí misma después de dividirse al fin en dos direcciones paralelas, y con este suicidio se habrá llevado á cabo la reversión, el regreso á la nada, que es en sí pura potencia (pág. 797). El mismo HARTMANN está en el caso de indicarnos cómo cree posible aquel procedimiento de destrucción universal (págs. 764 y siguientes). Primero, el ser primordial, como *inconsciente*, debe concentrarse en la humanidad hasta adquirir la preponderancia (pág. 765). Segundo, como *consciente* debe estar bien penetrado de la miseria de la existencia y decidido á acabar con ella. En tercer lugar, mediante auxilios téc-

nicos (¿el teléfono?) se adopta en el mundo entero un acuerdo universal; determinando el día en que se haya de realizar el suicidio de todos los individuos del género humano (página 766).

«Esta, pues, es la solución, exclama LUIS WEISS¹, entrando aún más en los pormenores de la ocurrencia de HARTMANN; una huelga universal de la humanidad! Cuando la sabiduría haya establecido su imperio en todos los lugares; cuando las naciones más remotas se comuniquen por el telégrafo, se expedirá algún día un parte al orbe entero: «Mañana á las doce huelga universal; no queremos ya querer; queremos volver á la madre inconsciente, para devolverle á ella la paz y el sosiego, y redimirnos á nosotros de este inútil afán de felicidad.» Transmitiólo el telégrafo, verificóse la huelga; y ¿qué resta? Ni hombre, ni perro, ni planta, ni piedra, ni el ratoncillo siquiera que suele echar á correr cuando se acaba el cuento.» «A fe, añade el citado autor, que esta huelga universal tiene aún más gracia que aquella ocurrencia de Münchhausen², el cual, al bajar de la luna, se cortó allá la coleta para que le sirviese en la tierra de sogá para preparar³...»

505. Si para concluir nuestro examen volvemos á preguntar por la significación y el fin de todo ese proceso del mundo, no puede entenderse, según hemos visto, esa tragi-comedia sino bajo la suposición de que el ser primordial sea el abismo de toda desventura, la personificación del infierno. Admitida esta suposición, dice HARTMANN⁴, el fin racional debe encaminarse de suyo á acabar con este estado de desdicha, y llegar al de la paz y del sosiego libre de todo disgusto. Entonces se comprende que lo absoluto se lance á los sufrimientos indescriptibles del proceso del mundo, por cuanto éste puede considerarse como remedio de aquella situación insostenible, para lo cual poco importa que la desventura *transcendente* del todo-uno sea más ó menos intensa que sus sufrimientos *inmanentes* en el proceso del mundo, pues que aquella sería eterna si dicho proceso no la terminase, y éste, empero, debe concebirse como finito, siendo claro que la desven-

¹ *Antimaterialismus*, tomo III, pág. 328.

² Las *Aventuras del Barón de Münchhausen* es un libro de chascarrillos muy popular en Alemania. — (*Al sereno de la Traducción*.)

³ GUSTAVO KWALDKE hace la siguiente atinada observación respecto de este desenlace de la tragedia de la voluntad universal. «Si, señor, ese *milagro*, según el cual tornará algún día al seno de la madre inconsciente todo este mundo, este globo, este cielo estrellado, todo esto que encierra la inmensidad del espacio, para dar gusto á una porción de locos llamados hombres cansados de vivir; *milagros* de ese jaez los aguantáis, los admiráis; semejantes cuentos poderáis en todos los tonos como si fuesen sabiduría celestial. Toda la fe en milagros que pide el Cristianismo, y vosotros rechazáis por absurda, se queda tamañita al lado de los milagros verdaderamente increíbles en que la Filosofía de lo inconsciente pretende hacernos creer.» (*El «Facit» de la Filosofía de lo inconsciente*, 1873, pág. 62.)

⁴ *Phänomenologie der des Bewusstseins*, pág. 866.